

El Sol y el Atomo.

Entre el raudo torbellino
Un átomo arrebatado
Vuela ignoto y peregrino
Por el incierto camino
Del huracán desatado;

Y al sentir la inmensidad,
Lo infinito, en su presencia,
Exclama con humildad:
—“¿Qué es ante la majestad
“Del sol, mi pobre existencia?

“Desconocido y errante
“Me alzan en incierto giro
“Así el huracán gigante
“Como el aliento abrasante
“De apasionado suspiro.

“¿De qué procedo? ¿qué soy?
“Cómo existo, y para qué?

“¿De dónde vengo? ¿dó voy?
“¿Mañana seré cual hoy,
“Ó mañana no seré?

“Sol cuya luz esplendente
“Alumbra lejanos mundos,
“Que giras eternamente
“Como antorcha indeficiente
“En los abismos profundos!

“Si en tu rápida carrera
“Llegas á mirar aquí,
“Sobre esta perdida esfera
“Donde tu luz reverbera,
“Dime, ¿qué soy junto á tí?”

—“También un átomo soy,”
Dijo el sol, “vuelo perdido
“Sin saber adónde voy;
“No tengo mañana ni hoy,
“Ni sé de dónde he venido.

“Si eres nada junto á mí
“Y envidias mis resplandores,
“Átomo, sube hasta aquí,
“Do me ven como yo á tí,
“Átomo, mundos mayores.

“No preguntes tu destino,
“Yo soy átomo también,

"Que ignorante y peregrino
"Cruzando voy el camino
"Donde mil soles se ven.

"Y si hasta allá á preguntar
"Vas en tu constante anhelo,
"Alcanzarás á mirar
"Átomos, siempre al llegar,
"Que átomos pueblan el cielo.

"Y en la infinita carrera
"Hallarás siempre lo mismo,
"Y de una esfera á otra esfera,
"Siempre con la duda fiera
"Irás de abismo en abismo.

"No acates mi majestad,
"Iguales somos los dos;
"Que el sér en la inmensidad
"Es siempre la realidad
"Del pensamiento de Dios."

Sueño y realidad.

Soñé que te miraba,
Y después que entre nubes te perdía
Y que tu alma conmigo se quedaba
Y que contigo se iba el alma mía.

Estando ya despierto,
Me dijo mi razón enternecida
Que era mi sueño cierto,
Porque era tu alma el alma de mi vida.

Mi Ventura.

Con tan apacible calma
Las horas van de mi vida,
Que apenas se agita el alma
Como la gigante palma
Por blanda brisa mecida.

Llega la luz de la aurora,
Y al despertar de mi sueño
Tal mi vida se colora,
Que en mi ilusión seductora
Estar despierta es mi empeño.

Ni una sombra que acongoje
La dicha de mi conciencia,
Ni zozobra que me enoje,
Ni una lágrima que moje
Las flores de mi existencia.

Ni un recuerdo doloroso
Luchando en el pensamiento,
Ni un porvenir proceloso;
Un lago puro y hermoso
Que riza plácido el viento.

Y cuando allá en Occidente
En flotantes cortinajes
El sol esconde la frente
Y se tiñen dulcemente
Con su arrebol los celajes,

Aspirando de las flores
Blandas esencias suaves,
Me hablan de dicha y amores
Los arroyos bullidores,
La luz, el cielo y las aves.

Tiende la noche su manto,
Y yo con plácido empeño
Busco del sueño el encanto,
No por olvidar quebranto
Sino por gozar del sueño.

¡Qué dulce soñar! dichosa
Desplega todas sus galas
El alma feliz, y ansiosa
En la inmensidad hermosa
Bate tranquila sus alas.

¡Oh! tú que con tu ternura
Y con tu cariño ardiente
Me has dado dicha tan pura,
Que Dios mande su ventura
Sobre tu elevada frente.

(ROSA ESPINO.)

A mi Madre.

¡Oh! cuán lejos están aquellos días
En que cantando alegre y placentera,
Jugando con mi negra cabellera,
En tu blando regazo me dormías.

Con que grato embeleso recogías
La balbuciente frase pasajera,
Que por ser de mis labios la primera,
Con maternal orgullo repetías.

Hoy que de la vejez con el quebranto
Mi barba se desata en blanco armiño,
Y contemplo la vida sin encanto,

Al recordar tu celestial cariño,
De mis cansados ojos brota el llanto,
Porque pensando en tí me siento niño.

CANTARES.

Son esos ojos tan bellos
Y es tan tierna su mirada,
Que á tener yo sus destellos
Te guardaría con ellos
Constante y apasionada.

Cuando me llegue á morir
Y el mundo me eche en olvido,
Aunque un siglo haya corrido,
Mis huesos han de decir
Lo mucho que te he querido.

Cambiaremos corazones,
Para que el tuyo me lleve;
Crecerán sus ilusiones,
Pues yo le daré lecciones
De adorarte como debe.

Tu amor encierra mi historia,
Por tí no tengo pasado;
Que no es completa la gloria
Si el alma guarda memoria
De la vida en que ha penado.

He conocido un perfume
Que llaman de todas flores,
Y mi alma, que se consume,
En sólo tu amor resume
El amor de sus amores.

Mi tumba en el campo santo
Tendrá dos lirios abiertos;
Córtalos tú sin espanto,
Han de crecer con mi llanto,
Que también lloran los muertos.

Tú tienes el alma mía,
Blanca luz, nítida estrella,
Y si te cansa algún día,
No me la des, no sabría
Yo mismo qué hacer con ella.

Las Golondrinas.

¿Has visto cómo viene la parlera
Banda de golondrinas festejosa,
Cuando en el valle y la floresta umbrosa
Tiende sus galas rica primavera?

¿Y no has visto después cómo ligera,
En busca de otra tierra, presurosa
Huye la banda tímida y medrosa
Al sentir del invierno la carrera?

Así también, la turba cortesana
Llega, de su impudor haciendo alarde,
De la fortuna á la primer mañana;

Pero se alzan las sombras de la tarde,
Ruje la tempestad, aunque lejana,
Y aquella tropa vil huye cobarde.

El agua y la flor.

Unas blancas amapolas,
En las orillas de un lago,
Inclinaban sus corolas
Contemplándose en las olas
De la brisa al tierno halago.

El agua, que recibía
Esa imagen en su seno,
De gozo se estremecía
Y con dulce voz decía
Mirando al éter sereno:

—“En vano querrá el destino
De tan plácidos amores
Cortar el dulce camino:
Mi amor irá peregrino
Tras el caliz de esas flores.”

El sol cubrió la pradera
De luz ardiente; inclinada

Gimió la flor hechicera,
Y como nube ligera
Subió el agua evaporada.

—“Para siempre te perdí,”
Dijo llorando la flor.
—“Nunca te olvides de mí,
Que te adoré mientras fui,”
Dijo el agua con dolor.

En la atmósfera flotando
El agua en leves vapores,
Iba á la tierra mirando,
Y en la tierra contemplando
Iban al cielo las flores.

Huyó la luz bienhechora. . . .
Tornóse el cielo sombrío;
Pero luego encantadora
Volvió á despuntar la aurora
Vertiendo dulce rocío.

Triste, abandonada, sola,
Y llorando sus amores,
La desgraciada amapola
Inclinaba su corola
Al peso de sus dolores.

Mas cuando allá en el Oriente,
Blanca la mañana brota,

Sintió llegar dulcemente
Hasta su caliz ardiente
Una cristalina gota,

Estremecióse la flor
Sobre su tallo agitada,
Y el rocío, con amor,
Dijo:—«Cese tu dolor,
Soy el agua evaporada.

«Lejos me llevó la suerte,
Quedaste tú sin abrigo;
Mas si se acerca tu muerte,
Antes, mi bien, que perderte,
Yo vengo á morir contigo.»

Y entre la verde enramada
El céfiro que se agita
En la tarde sosegada,
Vió la gota evaporada
Y la amapola marchita.

Dulce amor de mis amores,
Que me das vida en tu halago:
Si soplan los sinsabores,
Sé tú la flor de las flores,
Y yo la gota del lago.

La Moral.

El ser de la virtud la senda estrecha,
Y la del vicio cómoda y florida,
Verdad, es, tan antigua y tan sabida,
Que repetirlo, á nadie le aprovecha.

¿Quién no sabe que el malo hace cosecha,
Y que el bueno se pasa triste vida;
Que comenzando iguales la partida,
Éste se muere de hambre, aquél pelecha?

Si de tales premisas la experiencia
Deduce como regla, que los bobos
Son los llamados "hombres de conciencia,"

Si son triunfos escándalos y robos,
Á la moral defino, como ciencia,
"De preparar ovejas á los lobos."

LOS DOS ESPIRITUS.

"¡Adiós! ¡adiós!"—al espirar decía
Un amante infeliz; y ella en su duelo,
—"¡Jamás te olvidaré, le repetía,
Pronto nos uniremos en el cielo.

Murió el amante, y luego cariñoso
Su espíritu volvió... mas con tristura,
Mirando roto el vínculo amoroso,
Lanzó un suspiro y se tornó á la altura.

Murió también la ingrata, y desolado
Su espíritu buscaba el de su amante...
No le encontró jamás, y atormentado
Su espíritu vagó solo y errante.

¡Ay de aquella alma que al amante muerto
Sepulta en el olvido más profundo!
Más allá de la vida hay un desierto,
Castigo del olvido en este mundo.

EN UN ALBUM.

Lució brillante aurora del estío,
Abrió sus hojas la modesta flor,
Cayó en ellas la gota de rocío
Y trino el ruiseñor.

*

Perdióse el trino entre la selva ignota,
Y aun no llegaba el sol hasta el Zenit,
Y evaporada ya la limpia gota,
Murió la flor en búcaro gentil.

* *

Una mirada de tus ojos bellos
Brillante aurora de mi vida fué,
Y al comprender tu corazón en ellos
Sentí el consuelo y de placer canté.

¿Como el trino y la gota de rocío,
Mi oscuro nombre en tu alma morirá?
¿Como la flor, hasta el recuerdo mío
También perecerá?

El Joven y el Viejo

I.

—La tribunal el periodismo!
Faros de la humanidad.
—Joven, tu temprana edad
Te hace engañarte á tí mismo.
—No es sueño.—¿Pues qué? —Verdad.

Verdad que enseña la historia,
Que entusiasmo al corazón:
Hallar la fama y la gloria,
Y alcanzar una victoria
Con la luz de la razón.

Jugando con las pasiones,
Hacer á un pueblo feliz,
Y entre ardientes ovaciones
Arrancar de su raíz
Añejas preocupaciones;

Y con entusiasmo santo,
Poder, padre, á nuestro antojo,
Mover en el pecho espanto,
Y alcanzar como despojo
Sonrisa, aplausos ó llanto.

¿Y pensais que desvarío?
—Puede ser, que tus pasiones
Te hacen ver como razones
Lo que es tan sólo, hijo mio,
Una ilusión de ilusiones.

II.

—Pálido está tu semblante.
—La desgracia me importuna.
—¿Y la prensa? ¿y la tribuna?
—En vano busqué anhelante
El curso de la fortuna;

Que encontré, por donde quiera
Cuando dije la verdad,
Aquí la audacia altanera,
Más allá la envidia fiera;
Por todas partes maldad.

Y en vano con bizzaría
Luché, padre, en mi abandono;
Que el pueblo á quien defendía,
Siempre contra mí volvía
Sus armas con fiero encono.

Y llagado el corazón,
Padre, me volví á mi hogar,
Porque dieron en llamar
A mi valor ambición,
Locura á mi bien obrar.

Y solo y abandonado
Nadie escuchó mis razones,
Y entre tristes decepciones
Conocí que había soñado
Sólo ilusión de ilusiones.

EPISTOLA.

No busques, Juan, con loca incertidumbre,
Esa heroica virtud que te fascina,
Entre la palaciega muchedumbre.

La codicia su marcha determina,
Y siguen todos como rumbo cierto,
Del viento la corriente que domina:

La vista fija en anhelado puerto,
Con huracán deshecho, ó con suave
Brisa, llega más pronto el más experto.

Allí solo zozobra el que no sabe,
O que saber no quiere, el fácil modo
De aligerar mejor la frágil nave.

Quien, por salvar el cargamento todo,
Alegre lanza á la onda procelosa,
O á negro cenagal de oprobio y lodo,

El limpio honor de la modesta esposa,
O de amor fraternal haciendo alarde,
Sacrifica á la vírgen pudorosa.

Quien, á la baja adulación, cobarde,
Prestados pide los batientes remos,
Temeroso quizá de llegar tarde,

Y sin rubor agota los supremos
Medios de la lisonja, y degradado
Toca de la abyección á los extremos.

Y á veces con ardid más reprobado
Acude á la calumnia y la mentira
En la denuncia vil del hombre honrado.

Por alcanzar el premio á que se aspira,
El honor no detiene, ni amedrenta,
Ni nada digno ni cruel se mira;

Que del favor la llama se alimenta.
Lo mismo con ajeno sacrificio
Que con el cieno de la propia afrenta.

Ni de infame se nota el ejercicio
De llevar diligente al poderoso
Codiciados objetos de su vicio.

Nombre allí la virtud tiene oprobioso
Que el labio calla y el pudor ignora,
Y son uno el prudente y el medroso.

Allí de lealtad nadie atesora
El noble dón; cual gallos vigilantes
Esperan el fulgor de nueva aurora.

Todos quieren llegar, todos ser antes,
Si un astro nuevo con sus rayos hiere,
Huyendo al que se eclipsa tumultantes.

Y el coro indigno sin rubor profiere
Cantos de triunfo para el sol que nace,
Gritos de guerra para el sol que muere.

Ni hay amparo tampoco que reemplace
Allí de la amistad, al dulce abrigo
Que á humano pecho tanto satisface.

Y si fiera ocasión lleva consigo
Exigir una víctima, de puente
Sirve bien el cadaver del amigo.

Siempre el triunfo será del diligente
Que ni escrúpulo sufre, ni repara
Si al malvado inmoló ó al inocente.

Nadie allí se conoce ni se ampara
Si un interés cualquiera se subleva.
Planta es la caridad allí tan rara,

Que si acaso á nombrarla hay quien se atreva,
Tan brusca carcajada le responde,
Que de su necio error castigo lleva.

Con cuidadoso empeño, allí se esconde
Lo que el vulgo ruin llama conciencia,
Y á los villanos sólo corresponde.

En la patria pensar fuera demencia,
Que está su nombre allí tan ignorado,
Que apenas se sospecha su existencia.

Todos miran el puesto á que han llegado,
Como medio, no más, de hacer fortuna;
Busca pingües ganancias el privado,

No excusa el que pretende, mengua alguna
Por alcanzar ruin, mezquina gracia,
Cualquiera humillación es oportuna.

Quien más consigue, quien mayor audacia
Muestra, y mayor cinismo, más aprecio
Gana en la palaciega aristocracia.

Huye, Juan, de tal gente, aunque de necio
Te tachen y te burlen, y con fiera
Soberbia, te contemplen con desprecio,

No pretendas pisar tan alta esfera,
Reprueba tanto crimen sin embozo,
Que la honradez nos hace placentera
La triste soledad del calabozo.

Prisión de Santiago Tlalotelco,
Setiembre de 1884.

La Huerfana.

¡Madre! ¡mi madre!
Las horas pasan,
Y yo estoy triste
Porque me faltas.

¿Por qué te has muerto
Madre adorada?
¿Por qué me dejas
Cuando te llama
Llena de angustia
Mi pobre alma?
¿Ya no me quieres?
¡Cuánto me amabas!
¡Estoy tan sola!
¡Sola en mi casa,
Por donde quiera
Pienso que me hablas!
Lloro en la noche
Y en la mañana.

Ya mire el prado,
Ya la montaña,
Nada me alegra,
Todo me cansa,
Una tras otra
Las horas pasan
Y yo estoy triste
Porque me faltas.

Si miro al ave
Que en la enramada
Á sus hijuelos
Alegre llama;
Si entre las peñas
La oveja blanca
Á sus corderos
Feliz halaga,
Cuánto su dicha,
Cuánto me encanta
Y entonces vierten
Mis ojos lágrimas,
Porque estoy sola
Y abandonada.
No tengo á nadie,
La mía, santa
Madre querida,

Madre del alma,
Dejó la tierra.
Sin esperanzas
De verla nunca
Las horas pasan,
Y yo estoy triste
Porque me faltas.

¿Me oyes, mi madre?
De esa morada
En donde habitas,
¿Ves lo que pasa
Sobre este mundo
De penas y ansias?
¿Piensas en la hija
De tus entrañas,
Que tanto llora,
Que tanto te ama?
¿Ya no te acuerdas?
En las mañanas
¡Cómo á mi lecho
Te aproximabas!
Tu faz risueña
Iluminada,
¡Qué dulce besol
¡Era tu alma!

Pero ¡ay, Dios mío!
Todo se acaba,
Madre, mi madre,
Las horas pasan
Y yo estoy triste
Porque me faltas.

Las oraciones
Que me enseñabas,
No las olvido.
¿Oyes? se alzan
Cuando los ecos
Del mundo callan
Y de la noche
Llega la calma;
Pues por tí sola
Es la plegaria
Que de mi pecho
Triste se exhala.
Siento tu sombra
Junto á mi cama,
Tu dulce acento
Mi frente baña,
Sueño contigo,
Te miro rauda
Cruzar el cielo,

Despierto y.....nada.
Madre, mi madre,
Las horas pasan
Y yo estoy triste
Porque me faltas.

(ROSA ESPINO.)

GLORIA.

No me hablen de Colón y Galileo,
Ni de Miguel Cervantes ni de Ovidio,
Que después del destierro ó el presidio
Llegaron de la gloria al apogeo.

Fueron grandes sus penas, bien lo creo,
Es inmortal su fama, y yo la envidio,
Pero lleva conato de suicidio;
Consolarse con eso es devaneo.

Yo recuerdo muy bien toda la historia
De esos ilustres hombres (no me alabo,
Pues talento del tonto es la memoria,)

Pero hay que convenir al fin y al cabo
Que es fórmula constante de la gloria
"Que al asno muerto, la cebada al rabo."

Querellas y Consuelos.

I

Herido está mi corazón, herido;
Le hirió la ingratitud,
Eclipsaron las nubes del olvido
De su primer amor la blanca luz.

Herido está mi corazón, herido;
Le hirió la ingratitud,
¡Ay, pobre corazón que vas perdido
En la tierra buscando la virtud!

Herido está mi corazón, herido;
Le hirió la ingratitud,
¡Ay, pobre corazón, noble y sufrido,
Pronto tendrás la dicha y la salud!

II

El alma á su sagrario
Llevó una blanca y perfumada rosa;
Pero la flor, abriendo su nectario,
Destiló en el santuario
Una gota de esencia venenosa.

No llores tu quebranto,
Alma, ni de la rosa falsía,
Que una traición no vale un llanto;
Perdió la flor su encanto;
¿Dónde una alma hallará como la mía?

LA NOCHE EN EL ESCORIAL.

La noche envuelve con su sombra fría
El claustro, los salones, la portada,
Y vacila la lámpara agitada,
De la iglesia en la bóveda sombría.

Como triste presagio de agonía
Gime el viento en la lúgubre morada,
Y ondulando la yerba desecada
Vago rumor entre la noche envía.

De Felipe segundo, misterioso
Se alza el espectro del marmóreo suelo
Y vaga en el convento silencioso,

Y se le escucha en infernal desvelo
Crujiendo por el claustro pavoroso
La seda de su negro ferreruelo.

La muerte y la mariposa.

APOLOGO.

Junto al tronco derribado
Del arbol de un cementerio,
En apartado misterio
Crece un rosal delicado.

El aroma de la rosa
Que lleva el aire en su giro
Atrae á su retiro
Á una errante mariposa.

Allí, en torno de la flor,
Revolando alegre, advierte
Que es el jardín de la muerte
Que es la mansión del dolor.

Quiere huir, más de repente
Vaga sombra misteriosa,
Alzándose de una fosa
La llama con voz doliente,

Y la dice:—"Ten el vuelo
"Mensajera del amor,
"En la mansión del dolor,
"Del llanto y del desconsuelo.

"Deja de vagar ufana,
"Descuidada de tu suerte,
"Que soy la implacable muerte
"Que debe herirte mañana."

Parandq entonces el vuelo
Sobre el caliz de una rosa,
Contestó la mariposa
Alzando la vista al cielo:

—"¿La muerte? nunca me aterra
"Esa palabra temida,
"Que hallé en la muerte la vida,
"Gusano vil de la tierra!

"Yo viví lánguida y triste,
"Pobre larva, masa inerte;
"Morí, mas me dió la muerte
"El sér que mi sér reviste.

"Sentí acabarse mi vida
"En un sepulcro encerrada;
"Mas renací de la nada
"De ricas galas vestida.

"Y conocí que en el mundo
"No hay muerte, trasformación,
"Que guarda de redención
"El misterio más profundo.

"Y el que hoy se oculta en la fosa
"Y deja la forma humana,
"Se alzará vivo mañana
"Arbol, ave ó mariposa.

"Y en esa eterna cadena
"El sér jamas se consume;
"Quizá mañana perfume
"Seré de blanca azucena.

"Y no tiembla mi humildad
"Y al amago de la suerte,
"Que vuelvo á entrar con la muerte
"De vida en la eternidad."

La mariposa calló,
Alzándose con la brisa,
Y una apacible sonrisa
El espectro dibujó.

La hamaca.

Preso en su misma cadena
Quedó al fin el amor niño,
Y arde en su pecho de armiño
El amor de una Sirena.

En vano con loco anhelo
Rechaza el tirano yugo;
Que es víctima sin consuelo
Quien sin piedad fué verdugo.

Y por la playa arenosa
Va llorando sus pesares,
Al ver la Sirena hermosa
Cruzar los azules mares.

Y va la playa siguiendo
Sin librarse de su pena,
Y entre los tumbos oyendo
El cantar de su Sirena.

Ella en las ondas se mece,
Él tiende el arco pujante,
Y ella . . . ríe y desaparece
Entre la espuma flotante.

Venus, por calmar su pena
Y su pasión desgraciada,
Teje una red encantada
Para pescar la Sirena.

Lanza las redes Cupido,
Y al ver que logra su intento,
Dando sus alas al viento
Deja la red en olvido.

Un ignoto pescador
Entre las ondas la saca,
Y se convierte en hamaca
Las que eran redes de amor.

La catedral de Toledo.

Indiferente, el mar crucé y los ríos,
Las fértiles campiñas cultivadas
Y las selvas desiertas y azotadas
Por huracanes roncós y bravíos.

Ví las montañas con sus picos fríos,
Por las eternas nieves coronadas,
Reí en las ciudades levantadas
Por Señores y príncipes impíos.

Pero en tu inmensa catedral ¡Toledo!
Hay no sé qué misterio que me asombra;
Mi espíritu vacila, tengo miedo,

Que se adivina á Dios entre tu sombra,
Y aunque quisiera resistir, no puedo;
Tiembla mi labio y con pavor le nombra.

El canto del explorador.

(RECUERDOS DE LA GUERRA.)

“Es bello por la mañana,
Cuando apenas nace el sol,
Por la desierta montaña
Marchar como marchó yo,
Con mi mosquete en la mano
Y sobre mi buen trotón,
Buscando el camino oculto
Por donde va el invasor
Procurando dar *albazo*
Á mi brava división,
Sin pensar que entre las peñas,
Sin descuido y sin temor,
Sus más leves movimientos
Siguiendo constante voy,
Y entre el polvo que levanta

Su infantería veloz,
Cruzo atrevido el camino
Que hace un momento cruzó.

Es hermoso al medio día,
Cuando de ardiente calor
Y de fatiga rendido
El enemigo paró,
Ver cómo reparte el *rancho*,
Cómo descansa el traidor,
Mientras que casi á su vista
Tambien descansando estoy.

Y cuando cierra la noche
Y el enemigo acampó
Y se encienden las hogueras
Y luego cesa el rumor,
Después de rondar su campo
Y mirar cómo quedó,
Embozado en mi *sarape*
Y dando gracias á Dios,
Qué grato es el campamento,
Volverme sin dilación
Y darle parte de todo
Al vigilante mayor
Diciéndole:—"No son cuentos,
Que todo-lo he visto yo,"
Y luego muy orgulloso

Ir adonde está mi amor
Á reposar la fatiga
Mientras no hay otra facción."

Así cantaba un *chinaco*
Que caminaba veloz
Entre huestes enemigas
Sirviendo de explorador.

CELOS.

Entre angustias y desvelos
Paso la noche agitada:
¡Ay de la alma enamorada
Adonde anidan los celos!

Y mi razón se extravía
Entre el temor y el recuerdo,
Que en esos amores pierdo
El alma del alma mía.

Tengo celos de la fuente
Que retrata su sonrisa,
Celos de la blanda brisa
Que llega á besar su frente.

Y agita el celo su zaña
Cuando su voz seductora
Va repitiendo sonora
Con sus ecos la montaña.

Y crece mi desventura
Si de su lado me alejo,
Y pienso cuando le dejo
Que va á olvidar mi ternura.

Y si está ausente le llamo,
Y tanto el celo me agita,
Que si mi pasión se irrita
Llego á soñar que no amo.

Y entre angustias y desvelos
Exclamo desesperada:
¡Ay del alma enamorada
Adonde anidan los celos!

Y mi alma la muerte pide
En lucha tan congojosa;
¿Por qué no soy muy hermosa
Para que nunca me olvide?

Y corre mi ardiente lloro,
Que si mi fé no merece,
Mientras más mi celo crece
Con mayor fuego le adoro.

Pobre amor, pobre amor mío,
Te agosta el sol con su rayo,
Y no alivia tu desmayo
Ni una gota de rocío.

Mas si con olvido fiero
De pasión su pecho muda,
Otra le amaré sin duda,
Mas no como yo le quiero.

Y entre angustias y desvelos
Moriré desesperada:
¡Ay de la alma enamorada
Adonde anidan los celos!

Pero mi alma se extasía. . . .
Si vivo. . . si vivo amante,
No me ha olvidado un instante,
Si no, ya no existiría.

(ROSA ESPINO.)

LA VEJEZ.

Mienten los que nos dicen que la vida
Es la copa dorada y engañosa,
Que si de dulce nectar se rebosa,
Ponzoña de dolor guarda escondida.

Que es, en la juventud senda florida,
Y, en la vejez, pendiente, que escabrosa
Vá recorriendo el alma, congojosa,
Sin fé, sin esperanza y desvalida.

¡Mienten! Si á la virtud sus homenajes
El corazón rindió con sus querellas
No contesta del tiempo á los ultrajes;

Que tiene la vejez horas tan bellas
Como tiene la tarde sus celajes,
Como tiene la noche sus estrellas.

La Rosa y la Espina.

APÓLOGO.

¿Por qué con dardo punzante,
Dijo á la espina la rosa,
Te opones sienpre arrogante
A que me toque anhelante
Una mano cariñosa?

Miro la blanca azucena
Que con su dulce perfume
Allá en la pradera amena
Con su beldad enajena
Y el tédio no la consume.

Y yo, triste, abandonada,
Nadie se acerca á mirarme
Que siempre espina acerada
Amenaza despiadada
Al que se atreve á tocarme.

Y así, sola, sin consuelo,
Moriré, pidiendo en vano,
Presa de terrible anhelo,
Que llegue á librarme el cielo
De mi destino tirano.—

Calló la sensible rosa,
Callando siguió la espina,
Y pintada mariposa
Vino alegre y vagarosa
Con el aura matutina.

Entónces gracioso niño
Llega á la rosa, la mira,
Y con infantil cariño
Tiende su mano de armiño,
Pero al punto la retira.

Hiere la espina su mano,
Burla la espina su intento,
Y viendo su empeño vano
Toma la azucena ufano
Y rota la entrega al viento.

¡Ay de la tierna doncella
A quien punzantes abrojos
No circundan; que si es bella
Verá eclipsarse su estrella
Con el llanto de sus ojos!

LA FIESTA DE CHEPETLAN.

RECUERDOS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

Alegre viste sus galas
El pueblo de *Chepetlan*,
Que está celebrando el día
De la *fiesta titular*.
¡Cuál repican las campanas
De la iglesia parroquial!
¡Cómo suena el *teponaxtle*
Con monótono compás!
Y cámaras y cohetes
Estallan aquí y allá,
Y se escucha en todas partes
Una algazara infernal.
Por donde quiera *enramadas*,
En las que vendiendo están
Aguas frescas y sandías,

Y al són de una arpa tenaz
Nativos y *forasteros*
Bailan con dulce igualdad;
Se oye la voz estentórea
Del que tiene el *carcamán*,
Y de otro, que lotería
Llama á todos á jugar.
Entre los arcos de flores
Pasa la brisa fugaz,
Templando apenas el fuego
De ardiente sol tropical.
En grupos la muchedumbre
Se agita, en constante afán,
Ávida de divertirse
Anhelando por gozar.
Los hombres, ancho sombrero
Y negro, en lo general,
Camisa y calzón muy anchos,
Muy blancos, y nada más;
Las mujeres con enaguas
De extraña diversidad;
Y todos ríen y cantan
Y llegan, vienen y van,
Tomando de cuando en cuando
Algún trago de *mescal*.

Entre tanto forastero
Que ha llegado á *Chepetlán*

Buscando en aquellas fiestas
Tener un grato solaz,
Se notan muchos soldados
Que, con licencia quizá,
De las tropas vireinales
Se apartaron, sin pensar
En guerras ni en *insurgentes*,
Porque muy léjos están
Guerrero y todos los suyos,
Y no hay que temerles ya,
Al menos mientras que dure
La fiesta de *Chepetlán*.

Cuando la tarde se acerca
Y el sol declinando está,
Se escucha rumor extraño,
Inusitado y marcial,
Y la gente se alborota
Ya, sin poder explicar
Lo que causa aquella alarma
Y produce lance tal;
De repente por las calles,
Sobre un erguido alazán
Que tasca el freno impaciente
Y echa fuego al respirar,
Altivo pero sereno,
Llega un hombre en cuya faz
Se pinta el alma de un bravo

Tan noble como leal:
Es Guerrero, el indomable
Hijo de la libertad;
Le sigue valiente tropa
Que al pueblo llegando va,
Y se ocultan los que temen
Y otros salen á mirar.
Entra Guerrero á la plaza,
Y del soberbio animal
Tiempla la rienda y detiene
Del seco trote el compás.
Trascurren pocos instantes
Y comienzan á llegar
Unos y otros, prisioneros
Los del bando vireinal.
Todos ellos cabizbajos
Y silenciosos están;
Guerrero les mira un rato
Y luego con dulce faz
Les pregunta:—“¿A qué han venido?”
Y nadie osa contestar.
Vuelve á preguntar Guerrero,
Y entónces, saliendo audaz
Un sargento, con despejo
Contesta:—«Mi general,
«Hemos venido á la fiesta
«A *gustar de Chepetlán*;
«Y venimos con licencia.»

—«¿Y nada más?» —«Nada más.»
Vuelve á reinar el silencio,
Afable Guerrero está,
Y dice con voz pausada:
«Pues venisteis á *gustar*,
«Seguid alegres *gustando*,
«Que yo os doy la libertad;
«Pero mañana, os lo advierto,
«Que no os halle por acá
“La luz de la madrugada.”
“¡Que viva mi general!”
Grita entusiasta el sargento:
—“¡Viva!” gritan los demás,
Y alegre sigue la fiesta
Que nada vuelve á turbar;
Y *chaquetas* é insurgentes
Siguen con grato solaz,
Que es una noche de gusto
Esa noche en *Chepetlán*.

YO Y TU.

Entre la blanca nieve aprisionada
Y de la noche en el temido horror,
Sola, sin esperanza, abandonada,
Lloró la pobre flor.

Bajo el negro crespón de la tormenta
Con que se entolda el cielo de zafir
Y en la noche terrible que amedrenta,
Creyó el ave morir.

Perdido y solo entre la selva umbría,
Sin una estrella que su luz le dé,
Triste viajero que perdió la guía,
Piensa morir también.

Pero se alza radioso en el Oriente,
Puro, brillante, esplendoroso el sol,

Y ave, y viajero, y flor, ven dulcemente
Las tintas de arrebol.

Yo soy la flor apasionada y muerta,
Yo soy el ave que perdió la luz,
Yo soy viajero en la región desierta,
Puro sol eres tú.

RUEGO.

Unas tras otras, fieras y espantosas,
Alzáronse las nubes hasta el cielo,
Y entre su oscuro y proceloso velo
Van del rayo las luces pavorosas.

El trueno en las montañas fragorosas
Repite el eco, reina el desconsuelo,
Mas brilla el sol y con amante anhelo
Cantan las aves tiernas y dichosas.

Si negra tempestad de nuestra vida
Llegó á manchar el cielo, si tu lloro
Vino á turbar nuestra ilusión querida,

Tú mi única pasión, tú mi tesoro,
Vuelve á mi pecho la quietud perdida,
Vuélveme á dar tu fé, porque te adoro.

ROMANCE.

Está muriendo la tarde
Y las nubes se coloran
Con los rayos postrimeros
De la luz, que presurosa
Va huyendo de estas regiones
Que se envuelven en las sombras.
El ave duerme en su nido
Y sus cantares no entona;
Los lirios de la montaña
Abrieron ya sus corolas,
Y exhalan las maravillas
Llenas de encanto su aroma.
¡Cómo es dulce la tristeza
Que derraman estas horas
En que al bullicio del día
Sucede paz deliciosa!
El misterioso silencio

De la noche encantadora
Al pecho amante le ofrece
Cuanto la mente ambiciona.
Ven á gozar, dueño mío,
Del cariño que atesora
Para tí tan sólo, el alma
Que en tí concentra su gloria.
No se escuchará el arrullo
De tórtola gemidora,
Y al pié de la ruda peña,
En donde la fuente brota,
Te hablaré de mis amores,
Te cantaré mis congojas,
Y pronunciando tu nombre
Sentiré dulce mi boca.
Y celos tendré del aire
Que el dulce nombre me roba
Llevándolo entre sus alas,
Hasta la selva remota.
Ven, amor de mis amores,
Que la nube presurosa
Tiende su negro ropaje
Para velar nuestra gloria.
